

NOTA.

En este libro se ha citado varias veces un manifiesto que el General Comonfort dió á luz en Julio de 1858 en la ciudad de Nueva-York. Es un documento importante para la historia de las revoluciones mejicanas: y aunque de él se han copiado diferentes pasages cuando han venido apropósito para la mejor inteligencia de algunos hechos, nos ha parecido conveniente trasladarle íntegro, como un apéndice á nuestra relacion y á nuestras observaciones sobre el periodo á que se refiere. En él explica el General Comonfort las razones de su política; y esta explicacion, que parece hecha con franqueza y con verdad, es el dato mas seguro para juzgar al hombre y á la época, despues de haber visto los acontecimientos.

POLITICA DEL GENERAL COMONFORT,

Durante su gobierno en Méjico.

Lanzado á una playa estrangera por las tempestades políticas de mi patria, lejos del torbellino de las pasiones que se agitan en ella, y extraño enteramente á la lucha de los partidos que la destrozan, ha llegado el momento de explicar á mis conciudadanos y á todo el mundo, cuales fueron los móviles de mi conducta durante mi borrascosa administracion, cual el pensamiento político que presidió siempre á mis actos de gobernante, y por qué causas se malograron al fin los esfuerzos que hice por dar paz y libertad á la República Mejicana.

Al separarme de ella en Febrero de este año, bien sabía yo que dejaba detrás de mí al espíritu de partido, que habia de perseguirme con sus calumnias hasta en la tierra estrangera; pero me propuse callar por entonces, esperando que calmados con el tiempo los espíritus, y distante ya la época en que se habian agitado, mi voz seria escuchada sin tantas prevenciones, y mis palabras mejor comprendidas.

He cumplido hasta ahora este propósito, no obstante que los ataques de mis enemigos me han impulsado mas de una vez á quebrantarle. Pero como veo que las pasiones no se cansan de perseguirme, y que la mala fé y la calumnia siguen

con implacable tenacidad arrojándome sus flechas envenenadas, es ya indispensable que yo rompa un silencio que no ha servido para libertarme de ataques injustos, ya que además puede ser desfavorablemente interpretado. Creo, por otra parte, que el periodo de mi administracion ha sido fecundo en lecciones provechosas para mi pais, y no debo diferir por mas tiempo el hacérselas notar á mis compatriotas, y que al cumplir esta obligacion, puedo volver por el honor de mi persona y de mis principios, respondiendo victoriosamente á los que se han complacido en vilipendiarlos.

Yo podria encomendar mi defensa á las contradictorias acriminaciones de que soy objeto, porque las considero como la mejor justificacion de mi política, siendo como son sus autores los que siempre han causado las desgracias de mi patria. Podria presentarme ante los partidos, cubierto con el anatema de las facciones, tachado de retrógrado por una porque no atropellé los elementos sociales, perseguido como demagogo por otra porque llevé en mis manos la bandera de la libertad: y sé que esto bastaria para que la imparcialidad y la buena fé me hicieran justicia, y para que los calumniadores enmudecieran avergonzados. Yo podria tambien prescindir de todo y responder con el silencio á la injusticia de las pasiones, si solo se tratara de una vindicacion personal, porque ante los tremendos infortunios de todo un pueblo, valen bien poco las pesadumbres de cualquiera de sus hijos.

Pero no se trata de esto solamente; se trata de vindicar ideas que tienen á su favor la autoridad de la historia, las lecciones de la esperiencia y la marcha de los siglos; de ideas que son el dogma político de las generaciones presentes, y que deben ser la condicion social de las generaciones futuras: y cumple á mis deberes de hombre público y á mi conciencia de ciudadano el dar las esplicaciones convenientes para que mis contemporaneos y la posteridad tengan datos con que juzgarme, y para que no se dé por vano ó por estéril un pensamiento que puede salvar mas tarde á la República, aunque

haya tenido la desgracia de fracasar en el primer ensayo que de él se ha hecho.

En el movimiento nacional que tuvo principio en Ayutla el año de 1854, tocóme figurar como uno de sus primeros caudillos: triunfante aquella revolucion en Setiembre del año siguiente, tuve que desempeñar un papel importante en el gobierno que se formó entonces: y mas tarde vino á caer sobre mis hombros el peso del poder supremo, cuando el primer gefe de la revolucion de Ayutla vió que no podia conjurar la tormenta que contra su administracion se levantaba, y conoció que la opinion pública me designaba para reemplazarle.

Invocado mi nombre en aquella época como una prenda de conciliacion para los partidos, de seguridad para la causa del orden y del progreso, y de quietud para toda la República, mi advenimiento al poder en Diciembre de 1855 fué una señal de pacificacion y de concordia: los movimientos que se habian iniciado ya contra la administracion precedente, cesaron al punto; los que habian tomado las armas y levantado estandartes rebeldes, depusieron su actitud hostil; calmóse el descontento que por todas partes habia empezado á cundir, y la general inquietud se convirtió en una general esperanza. Este fué el primer efecto de mi entrada en la Presidencia, porque la nacion esperaba que mi gobierno no sería el gobierno de una faccion ni siquiera el de un partido, sino un gobierno superior á todos los partidos y enemigo de todas las facciones.

Tres eran los caminos que se me presentaban: 1º dejar las cosas en el mismo estado en que se encontraban cuando triunfó la revolucion de Ayutla: 2º arrojarme en brazos del principio revolucionario, é introducir todas las innovaciones exigidas por él: 3º emprender con prudencia las reformas reclamadas por la opinion liberal. Pero el primero de estos caminos era un absurdo y un crimen, y el segundo otro absurdo y otra iniquidad; y yo no podia entrar en ninguno de ellos, supuesto que ni el hombre puede obrar contra el testimonio de su conciencia, ni el gobernante contra los derechos, los intereses y la opinion de los gobernados.

Para hacer lo primero, habria tenido que destruir lo que se habia hecho ya cuando tomé las riendas del poder en mis manos; y ya para entonces la revolucion liberal, convertida en gobierno, habia avanzado mucho por una senda opuesta enteramente á la dictadura anterior. Prescindiendo ahora de las inmensas dificultades que ofrecia la empresa de deshacer lo hecho, yo acometiendola, rasgaba mis títulos y faltaba á mi palabra, para presentarme en medio de mis conciudadanos, como el corifeo de una nueva revolucion que no tenia disculpa porque carecia de motivo y de objeto.

Dejando las cosas en el mismo estado, habria dado gusto á los hombres que acababan de caer, pero habria sido á costa de quedar afrentado ante todos los partidos, y de pasar por un Proteo infame para quien los juramentos eran una palabra vana y los principios una quimera. Para los conservadores no habria sido mas que el continuador de una política que los hombres ilustrados de este partido condenaban abiertamente, porque desconceptuaba sus principios invocandolos. Para los liberales habria sido un refractario pérfido y desleal, manchado con la mas negra traicion á mis ideas, á mis compañeros y á mis amigos. De este modo, yo habria prolongado á ciencia cierta la guerra civil, porque los hombres de Ayutla burlados, se habrian levantado de nuevo para continuar contra el restaurador del despotismo la lucha en que habian salido vencedores; la nacion los habria ayudado como antes; y el nuevo déspota no habria podido sostenerse mucho tiempo, teniendo en contra suya el testimonio de su propia conciencia y la opinion de todos los hombres de bien. El resultado habria sido aplazar el triunfo de la revolucion liberal, y aumentar los peligros de que se convirtiera en una reaccion sangrienta y desastrosa; yo envolvía á mi patria en nuevas calamidades, y quedaba cubierto de ignominia: y era esto un absurdo y un crimen contra el cual se rebelaban el buen sentido y la conciencia.

Someter mi política á todas las exigencias del elemento revolucionario, era un paso que no ofrecia menos inconvenientes

que el otro para mi honor y para el sosiego de la República. Para innovarlo todo de repente, sin consideracion á ningun derecho, á ningun interés, á ninguna opinion ni á ninguna clase, era preciso que yo hiciera lo que han hecho en otros paises las grandes conmociones populares en épocas cortas de violencia y de vértigo: tenia que entrar en una lucha desesperada, no solamente con las clases afectadas por la revolucion, sino con el pueblo entero, interesado tambien en contrariar semejantes trastornos. Y si yo habia de personificar el temerario arrojo y los arranques ciegos de una revolucion violentamente innovadora; si habia de derribar todo lo antiguo, sin escuchar el clamor de los que lo aman, ni curarme de los que quedaran sepultados bajo los escombros, era menester que hiciera lo que hacen estas revoluciones cuando pasan como un huracan sobre los pueblos: lanzar con una mano el ariete revolucionario y blandir con la otra el puñal demagógico; porque los que destruyen instituciones viejas y respetadas, tropiezan siempre con resistencias formidables, y tienen que hacinar las víctimas en proporcion de las ruinas que amontonan. Pues bien; esto es lo que nunca hacen los gobiernos que merecen este nombre; esto es lo que nunca hacen los hombres que se tienen por justos: si el mundo moderno debe algo á esos tremendos cataclismos, operados por las turbas desatentadas, aunque sean á veces resultado de la desesperacion que producen los gobiernos opresores, no por eso han dejado de ser grandes iniquidades, ni en ningun caso se pueden adoptar como sistemas de política. Si yo lo hubiera hecho, no solo habria concitado contra mí la animadversion de mi patria, chocando abiertamente con los sentimientos de humanidad que forman su carácter distintivo, sino que habria echado un borron en la causa de la libertad por la cual habia lidiado y para cuyo bien se me habia dado el poder que ejercia. De todos modos, la guerra civil se prolongaba, y se abria una ancha puerta para que vinieran sobre la República las mas violentas reacciones."

Entre estos dos extremos á cual mas viciosos, habia un me-

dio prudente y justo, para hacer que el país llegara al término de sus deseos; y era la adopción de una política prudentemente reformadora, que satisfaciendo en lo que fuera justo las exigencias de la revolución liberal, no chocara abiertamente con los buenos principios conservadores, ni con las costumbres y creencias religiosas del pueblo.

La principal misión de mi gobierno debía ser quitar pretextos á las reacciones, y nada más apropósito para lograr este fin, que reformar lo antiguo para conservarlo, y marchar por las sendas del progreso sin precipitaciones ni violencias. Yo creía entonces, como siempre he creído, que el motivo de todas las reacciones conservadoras ha sido la exageración del principio revolucionario, así como el motivo de todas las reacciones revolucionarias ha sido la exageración del principio conservador. Ninguno de estos dos elementos debía entrar por consiguiente en la formación de mi política para dominar en ella de un modo exclusivo y absoluto, aunque ambos debían ser admitidos en lo que tuvieran de bueno, como representantes de intereses legítimos y de derechos respetables. Era preciso hacer que el espíritu de progreso se presentara tan medido en sus deseos como templado y justo en su acción, para que recobrára el concepto que le había hecho perder el impaciente ardor de otras épocas; y era preciso también que el espíritu tradicional no degenerara como otras veces en marasmo ni en retroceso, para que los amigos de la libertad pudieran consentirle y aceptarle.

Por otra parte, las bases de mi política estaban claramente indicadas por el carácter de los acontecimientos que acababan de pasar, y por el estado en que á la sazón se encontraban los ánimos. La revolución de Ayutla había triunfado, y el primer gobierno de Ayutla había desaparecido: y estos dos hechos tenían una significación de la cual no podía yo desentenderme. El triunfo de Ayutla se había debido más bien á la fuerza de la opinión que á la fuerza de las armas; y esto lo puedo decir sin menoscabar en lo más mínimo la gloria de mis valientes compañeros que lucharon heroicamente en

aquella noble empresa. Sin el eficaz apoyo de la opinión pública no habría podido prevalecer una revolución pobre y débil, que al principio inspiró más recelos que esperanzas, contra un gobierno fuerte y rico, que estaba sostenido por clases poderosas. En cuanto al primer gobierno de Ayutla, obra habían sido también de la opinión las dificultades contra él suscitadas; dificultades que no había podido vencer, no obstante que tenía aun en sus manos toda la fuerza de la revolución vencedora. Así pues, la opinión, apoyando á los hombres de Ayutla contra la dictadura de Santa Anna, había manifestado patentemente que no estaba por la tiranía unitaria, ni por la exageración del orden, ni por el predominio de ninguna clase, sino por la libertad, por la reforma, por la igualdad, por instituciones libres; y aquella misma opinión, rechazando la política del General Alvarez, sublevándose contra ella, y haciendo armas para derribarla, también había manifestado claramente, que no estaba por la tiranía demagógica, ni por la exageración de la libertad, ni por el predominio de ninguna facción, sino por el orden por la conservación del buen espíritu tradicional, de las buenas instituciones antiguas, y de los buenos elementos sociales.

Tales eran las cosas que acababan de pasar, y tal el estado de la opinión cuando yo subí al poder. Todas las tendencias del espíritu público se habían formulado en estas dos palabras: *orden y libertad*. El país quería orden, pero no despotismo, libertad pero no libertinaje, reforma pero no destrucción, progreso pero no violencias: y al querer esto, y al expresar sobre ello su voluntad tan resueltamente como la había expresado, había fijado sin duda de una manera evidente las bases de la política de su gobierno. Esta política, para corresponder á aquellas aspiraciones, tenía que ser reparadora de todos los infortunios pasados, conciliadora de todos los intereses presentes, y protectora de todas las esperanzas futuras; y yo la adopté, no solo porque estos eran los deseos generales de la nación, y estas sus esperanzas al designarme para el poder supremo, sino porque tal había sido siempre mi

modo de pensar en materias políticas, habiendo visto palpablemente el amargo fruto de las exageraciones en cada una de las vicisitudes que hasta entonces habían afligido á la República.

Las reflexiones que acabo de hacer, parecerán escusadas y aun enojosas á los que ignoran lo que ha pasado en Méjico durante los dos años últimos. Increíble les parecerá que un gobernante tenga necesidad de esforzarse tanto, para probar que hizo bien en no ser retrógrado y en no ser demagogo. Y sin embargo, el hecho es que por no haber sido lo primero, me hicieron cruda guerra los que se llaman partidarios del orden, y que por no haber sido lo segundo, me calumniaron muchos de los que se llaman amigos de la libertad en mi desgraciada patria. Por eso me he detenido tanto en estas triviales reflexiones: porque siendo ellas la esplicacion de mi pensamiento político, esplican tambien las dificultades de mi gobierno, la encarnizada guerra que me hicieron las facciones, y las causas de mi caída; porque estas reflexiones demuestran que habiendo tendido yo una mano amiga á los partidarios de la libertad, y una mano protectora á sus contrarios, ni los primeros tuvieron razon para amontonar obstáculos en mi camino, ni los segundos para atacarme á mano armada; y en fin, porque habiendo yo levantado en mi patria una bandera de conciliacion entre los partidos que la dividen, nadie podrá ver en las filas de mis impugnadores sino el exclusivismo, la intolerancia y los sistemas de sangre que son el azote de los pueblos. Por lo demas, si en esto no estuviera tan profundamente interesada la República, no me darian pesadumbre los ataques de mis enemigos, ni las calumnias con que pretenden afrentarme, porque no es afrenta mia sino gloria de mi administracion el haber incurrido en los odios del retroceso y en los odios de la demagogia.

Aunque las circunstancias de la época y el estado de la opinion me señalaban claramente el camino que debia seguir, no por eso me allanaban las dificultades que debia encontrar en él. Mi gobierno recibía en herencia un triste legado: la nacion estaba agotada por las dilapidaciones de las dictadu-

ras y por los estragos de las guerras, relajada por máximas de despotismo y por doctrinas anárquicas, debilitada por la miseria y las discordias. Yo tenia pues que luchar sin recursos contra enemigos formidables, y aquella lucha iba á ser sin tregua ni descanso: iba á cumplir las promesas del plan de Ayutla, y el cumplimiento de estas promesas eran la reforma, contra la cual estaban los que vivian de abusos; la paz, que no convenia á los que medraban en las contiendas; el orden legal, que era rechazado por los amigos de revoluciones: y el pais estaba lleno de clases privilegiadas, de perturbadores y revolucionarios. Por eso la vida de mi gobierno habia de ser una vida de contradicciones y de combates, desde su primer momento hasta su último suspiro.

Si yo me hubiera limitado á cumplir literalmente las promesas del plan de Ayutla, no tendrian por que quejarse los enemigos de aquella revolucion, aunque tampoco tendrian que agradecerme: pero hice mucho mas de lo que era mi deber estricto, y esto que hice de mas, será siempre una acusacion contra los que no lo agradecieron. Mi deber principal era cumplir las promesas de Ayutla, pero no fué este mi primer cuidado: mi primer cuidado fué moderar los ímpetus de los vencedores, y cubrir con una égida á los vencidos, porque no queria yo que la causa de la libertad se manchára con venganzas. Por eso proclamé siempre el principio de la tolerancia y del respeto para todas las opiniones, y por eso uno de mis primeros actos fué someter á un juicio ante el primer tribunal de la nacion al dictador y á sus ministros, y proporcionarles todos los medios de defensa que pudieran necesitar, para que fuera la justicia y no la pasion la que los condenára por los excesos de que los acusaba la opinion pública. Séame permitido hacer observar que este ejemplo de moderacion es el primero que ofrece la historia de nuestras deplorables disensiones: en Méjico no se habia visto nunca á un gobierno naciente, hijo de una revolucion furiosamente atacada y escarnecida, ocuparse en amparar á sus contrarios con tanta solicitud como en cumplir el programa de sus amigos.

A pesar de esto, el espíritu de partido se empeñó en sublevar contra mí al clero y al ejército, pretendiendo que mi administración era enemiga de estas dos clases; y aunque sus esfuerzos se estrellaron muchas veces en la ilustración de ellas, logró sin embargo encontrar en algunos de sus individuos los poderosos instrumentos de sus miras. Escusado me parece manifestar el absurdo que envolvía aquella suposición, siendo evidente que no podía ser enemigo del clero ni del ejército un gobierno que comprendía la necesidad de apoyarse á la vez en el sentimiento religioso y en la fuerza armada, para establecer en su país los beneficios de la democracia pacífica. Pero como en realidad salieron de estas dos clases los ataques mas fuertes dirigidos á mi administración, y como ánte sus combinados esfuerzos fracasó al fin mi pensamiento de segar para siempre en la República el abismo de las revoluciones, voy á examinar brevemente este punto, porque en él se encuentra precisamente la esplicacion de los acontecimientos que tuvieron lugar durante los dos años, y él viene á ser la clave para descifrar el enigma que esos acontecimientos ofrecen.

Que el influjo del clero en la política fué una necesidad de otros tiempos, y un bien para las sociedades; que la historia del clero católico es la historia de la civilización, y que Méjico debe grandes beneficios al clero mejicano, son verdades que no puede negar quien haya saludado la historia. Pero que los tiempos han cambiado, que con ellos ha cambiado la naturaleza de ese influjo, y que ha sufrido iguales mudanzas la opinion que acerca de él se tuvo en otras épocas, es tambien un hecho que no se puede ocultar al que contemple el estado de las ideas en nuestro siglo, y el carácter de las revoluciones de Méjico. El influjo político del clero se tiene allí por pernicioso para la religion y para la sociedad; y sus riquezas y sus privilegios son motivo de grandes alarmas, ocasion de formidables tentaciones, y hasta pretexto de odios profundos. Contra esas riquezas y privilegios acumulados en una sola clase, se han levantado las nuevas doctrinas económicas, y las

nuevas máximas políticas; y si es cierto que la impiedad quiere empobrecer al clero y humillarle por odio á la religion, tambien lo es que muchos, sin dejar de ser buenos católicos, y algunos precisamente porque desean el lustre del catolicismo, invocan los principios de la desamortización y la igualdad de la justicia en favor de las reformas eclesiásticas.

Cuando yo subí al poder, encontré ya formada, estendida y poderosa esta opinion con respecto al clero: era un hecho que necesariamente se habia de complicar con mi política, porque era el principal asunto de las controversias públicas, el caballo de batalla de los partidos, y el diario alimento de las pasiones. ¿Qué habia de hacer yo en presencia de este hecho, mas poderoso que todos los intereses contrarios, que todas las preocupaciones vencidas, y que la voluntad de todos los gobiernos? La revolucion estaba allí, terrible y amenazadora, pronta á destruir lo que el gobierno no reformára: yo habia logrado contenerla hasta entónces, mas no podia responder de los resultados, si cometia la imprudencia y la injusticia de oponerme á sus tendencias racionales. Fué pues necesario emprender las reformas relativas al clero con el objeto de satisfacer grandes necesidades religiosas, sociales y políticas, y de obsequiar las manifestaciones de la opinion en lo que era posible obsequiarlas, para evitar una reaccion desastrosa.

No es este el lugar apropiado para probar la conveniencia de las leyes que se espidieron con este fin, ni para responder á los ataques de que fueron objeto. Basta á mi propósito manifestar que atendidas las circunstancias en que se encontraba la República, aquellas reformas habrian evitado á la religion graves peligros, y á la sociedad grandes desastres, si los interesados en ellas hubieran contribuido á que se realizáran mis intenciones. La abolicion del fuero habria impedido que la odiosidad que los privilegios escitan, recayera sobre la clase privilegiada: la desamortización podia haber sido un remedio de la miseria en que yacen millones de individuos en Méjico: la ley de obvenciones parroquiales habria restituido

al clero su concepto de padre y consolador de los infelices: la del registro civil habria evitado que mas tarde algun poder desatentado promoviera conflictos entre ambas jurisdicciones.

Tales fueron por lo menos los fines á que aquellas leyes se encaminaban: si no los alcancé, no fué culpa mia, sino de los que con pretexto de ellas, é invocando sacrílegamente á la religion, talaron los campos, quemaron las poblaciones, y hasta profanaron los templos, llenando de luto y sangre á toda la República.

El gobierno habia obedecido á una necesidad imperiosa de las circunstancias decretando aquellas reformas, mas nó por eso omitió un requisito que opiniones respetables tenian por necesario. Envió á Roma un ministro plenipotenciario para arreglar armoniosamente con la Sante Sede aquellas gravísimas cuestiones; y con esto respondió victoriosamente á las inculpaciones de perseguidor y anticatólico que le hacian sus enemigos; mientras que estos, esforzandose por que no fuera recibido en Roma el Enviado mejicano, demostraron que no querian la concordia entre su gobierno y la cabeza de la Iglesia, y que la cuestion religiosa no era en sus labios mas que un pretexto para continuar ensangrentando la cuestion política.

Dios quiera que aquellas resistencias no produzcan mas tarde resultados funestísimos. Yo por mi parte, hice cuanto pude para evitarlo, y estoy tranquilo con mi conciencia, porque creo firmemente que si el clero católico ha civilizado al mundo, y si el clero mejicano ha civilizado á Méjico, no ha sido porque tuviera fueros y propiedades, ó porque estas propiedades consistieran en fincas, ó tuvieran cualquiera otra forma, sino porque con fueros ó sin ellos, con propiedades ó sin ellas, ha llenado en la sociedad una mision sublime, como ministro de una religion eminentemente benéfica y civilizadora. Despues de esto, juzgue la historia y juzgue el mundo.

Pero si la hostilidad que me declararon algunos individuos del clero, no tuvo motivo que la justificára, menos se justifica

aun la guerra que me hizo una parte del egército, porque no hubo pretexto para ella.

El egército habia sido el sostenedor mas constante de la dictadura, y el mas dócil egecutor de las medidas, atroces muchas veces, de aquel gobierno. Por esta razon habia en muchos de los hombres de Ayutla cierta mala voluntad contra los individuos del egército, y hasta intenciones marcadamente hostiles contra toda la clase; y estas tendencias se manifestaron claramente en los dias del triunfo, cuando los vencedores creyeron que podian satisfacer su enojo contra los que habian retardado la victoria. El caso es que llegó á existir el proyecto formal de destruir el egército, y que este proyecto se habria llevado á cabo, á no haberlo impedido yo siendo ministro de la guerra, para lo cual tuve que hacer esfuerzos increíbles, habiendo logrado calmar las eferescencias del momento con la promesa de que se reformaria la institucion conforme á las necesidades y al espíritu de la época.

Despues de esto, y estando ya encargado de la presidencia de la República, no solo tomé empeño en que desapareciera aquella discordancia entre el egército y la causa liberal, no solo quise unirlos con una estrecha alianza, sino que procuré que fueran una misma cosa. Para ello traté como amigo á las notabilidades de aquel egército tan aborrecido por la revolucion que me habia llevado al poder, y abracé como hermano á los hombres que mas furiosamente la habian combatido, y que mas se habian señalado por su celo en favor de la tiranía pasada. ¿Qué hicieron ellos en pago de aquella conducta generosa? Rebelarse contra mí, y emplear en mi daño la confianza que les dispensé.

Nada hay mas repugnante y escandaloso que aquellos rasgos de perfidia con que respondieron algunos militares á mi llamamiento. Yo, caudillo de una revolucion que habia triunfado á costa de mil sacrificios, y gefe de un gobierno que acababa de nacer de ella, abria los brazos y dispensaba mi

confianza á los generales de la dictadura, que habian sido nuestros mortales enemigos. Aquellos hombres, salpicados todavia con la sangre de las batallas en que habian lidiado con nosotros, asomando todavia en sus labios las injurias que nos habian dicho, llegaban á mi presencia, pasmados de un proceder que no esperaban porque no le comprendian. Yo les daba soldados, armas y dinero, para que fueran á pacificar la República; ellos aceptaban el encargo y la confianza; se despedian de mi con muestras de agradecidos; salian por las puertas del Palacio en ademan de leales: y despues, no bien se encontraban en el campo, cuando se pronunciaban contra mí, con los soldados, las armas y el dinero que les habia dado para perseguir á otros rebeldes.

Esto es lo que sucedió, y así se formó la primera reaccion de Zacapoaxtla, que poco despues fué á asentar sus reales en Puebla, donde fué poderosamente auxiliada con dineros del clero de aquella diócesis. Mas de 5,000 hombres se reunieron allí en Febrero de 1856, á las órdenes de aquellos gefes que no habian podido rebelarse sin ser pérfidos, y de otros que no habian podido hacerlo sin ser ingratos.

Yo marché contra ellos al frente de la guardia nacional y de la parte del ejército que habia permanecido fiel: la opinion pública apoyó nuestra causa, Dios bendijo nuestros esfuerzos; y vencimos. En mi poder y á mi discrecion los rebeldes, en virtud de la capitulacion que quise otorgarles, mis amigos y compañeros que me habian ayudado á alcanzar la victoria, clamaban por que se hiciera en ellos un ejemplar escarmiento; pero yo respondí á este clamor con un decreto que fué mas bien una amenaza que un castigo, porque se derogó algunos dias despues, no queriendo yo que ni aun con la amenaza se juzgaran humillados.

¿Qué sucedió despues? Que los principales gefes de la reaccion vencida se refugiaron en la capital de la República; y que de entre ellos salieron los caudillos de otro movimiento reaccionario que estalló tambien en Puebla en Octubre de aquel año.

Entonces tambien las tropas leales quedaron vencedoras, y el gobierno concedió una capitulacion á los vencidos. La sangre no manchó la victoria, porque las victorias del gobierno nunca se mancharon con sangre. La del desgraciado Orihuela no clamará nunca sino contra los que le comprometieron en una empresa insensata, y contra el horrible sistema adoptado contra mí, de violar sin remordimiento los pactos mas solemnes. El caudillo de los rebeldes huyó de Puebla, como si temiera que le alcanzaran las garantías de la capitulacion: sorprendido sin ellas en su fuga por una partida de tropa, fué fusilado antes que el gobierno tuviera lugar de perdonarle; y de este modo vió el pais la primera y única víctima sacrificada por la ley, en lugar de las infinitas que la reaccion inmoló á sus rencores y á sus venganzas.

¿Qué sucedió despues todavia? Que los rebeldes volvieron á refugiarse en la capital, que un nuevo pronunciamiento reaccionario estalló en San Luis, y que vencedor otra vez el gobierno en la Magdalena, no tuvo para los vencidos sino clemencia y generosidad. En su poder cayeron los mas rencorosos, y no se contentó con perdonarlos, sino que hizo con ellos lo que jamás se habia visto en las guerras civiles de la República, hasta el punto de apagar por lo pronto el odio en sus corazones.

¿Que habia hecho yo, pues, al ejército para que una parte de él me persiguiera con aquel odio inextinguible? Yo habia contenido á la revolucion para que no realizara con él sus designios vengadores; yo honré á la clase y á sus individuos cuanto pude honrarios, yo perdoné á los que me ofendieron, y les consideré hasta el punto de parecer mi indulgencia una imbecilidad; yo quise dar lustre, crédito y popularidad al ejército, procurando que fuese la esperanza de la nacion y el apoyo de sus libertades. ¿Y cual fué el resultado de todo esto? El escándalo de las rebeliones que acabo de recordar, el escándalo de las conspiraciones que se tramaron siempre, y por último la defeccion del 20 de Enero, el mayor de los escándalos de que fué testigo aquella época.